

La Sierra Morena cordobesa: naturaleza, génesis del paisaje y patrimonio ambiental

Bartolomé Valle Buenestado | catedrático de Análisis Geográfico Regional, Universidad de Córdoba

URL de la contribución <www.iaph.es/revistaph/index.php/revistaph/article/view/3838>

RESUMEN

Sierra Morena es una denominación genérica que, aplicada a la provincia de Córdoba, incluye las tierras situadas al norte del Guadalquivir, y aunque tal apreciación tiene sentido geológico, geográficamente es imprecisa, pues incluye tres comarcas claras y diferenciadas: los Pedroches, el valle del Guadiato y la Sierra Morena, propiamente dicha. Su principal rasgo distintivo es un relieve accidentado y fragoso que dificulta la ocupación humana y limita los usos y aprovechamientos agrarios del suelo. Por ello una constante histórica ha sido su débil ocupación humana y su condición de espacio vacío, interpuesto entre el valle bético y las tierras meridionales de la Meseta.

Objeto de aprovechamiento minero desde la antigüedad, los romanos pusieron las bases de su articulación territorial al trazar dos calzadas importantes que delimitan su contorno –las vías Augusta y Corduba-Emerita– definiendo los ejes perimetrales de poblamiento, al tiempo que la dividían en dos subcomarcas. Sobre sus inmensos baldíos y comunales se desarrollaron procesos de apropiación, que culminaron con la desamortización de Madoz, origen del latifundismo marianico y fundamento de los paisajes actuales: olivares, dehesas y espacios forestales de aprovechamiento cinegético.

La quiebra de los sistemas extensivos tradicionales a mediados del siglo XX y la repoblación forestal propiciaron el abandono de explotaciones, que reencontraron parte de la rentabilidad perdida en los cotos de caza. La disminución de la presión humana y la progresión del bosque mediterráneo han posibilitado el reconocimiento de sus valores ambientales y de su protección. De ahí que Sierra Morena, aun conservando importantes espacios de cultivo, haya generado un importantísimo patrimonio natural, que junto con el cultural debe erigirse en base de su desarrollo y garantía de autopreservación.

Palabras clave

Córdoba (provincia) | Coto de caza | Dehesa | Desamortización | Olivar | Paisajes | Patrimonio cultural | Patrimonio natural | Repoblación forestal | Sierra Morena |



La Sierra Morena cordobesa ofrece excelentes ejemplos de relieve appalachense | foto Bartolomé Valle, autor de todas las imágenes si no se indica lo contrario

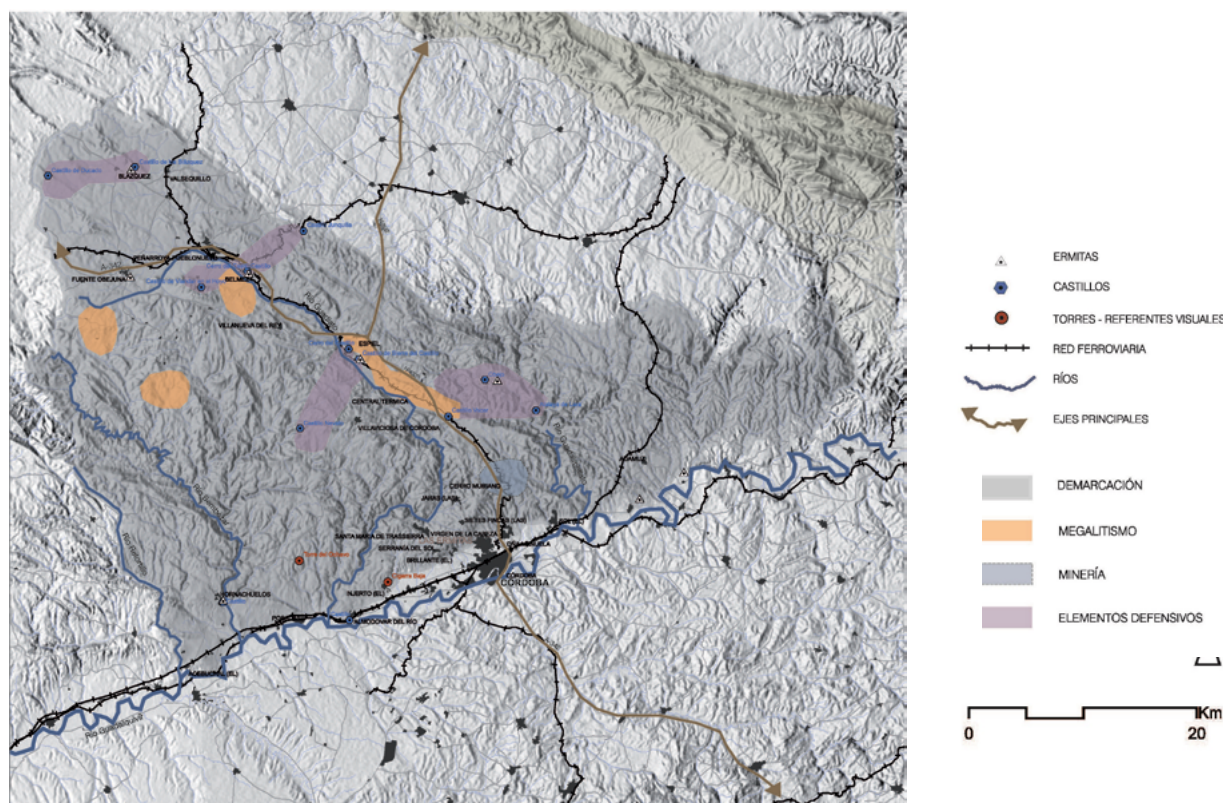
LA SIERRA MORENA CORDOBESA: LA NECESIDAD DE UNA CONCRECIÓN GEOGRÁFICA

En la percepción del territorio cordobés se acostumbra a dividir la provincia en dos mitades, Norte y Sur, separadas por la bisagra del río Guadalquivir. Son las denominadas, respectivamente, sierra y campiña. Esta visión tan simplista se ha mantenido hasta la segunda mitad del siglo XX, en que ha sido sustituida por otra tripartita tras la aceptación de la Subbética como tercera unidad provincial diferenciada claramente del ámbito campañés (LÓPEZ ONTIVEROS, 1986). Pero también esta es insuficiente porque sigue englobando a las tierras del norte del Guadalquivir y considerándolas desde una perspectiva unitaria bajo la denominación de Sierra o, en expresión más culta, de Sierra Morena, para diferenciarla de la aludida sierra de la Subbética.

La referencia genérica a Sierra Morena que incluye las tierras cordobesas comprendidas entre el valle del Guadalquivir y los límites de la provincia y del antiguo Reino de Córdoba con Castilla-La Mancha y Extremadura adolece de una imprecisión que desorienta al lector, al viajero o al estudioso, confundido por un significante único bajo el cual percibe geografías diferentes. Es cierto que se propuso una comarcalización de orden natural (CABANAS PAREJA, 1962) y que tal denominación tiene un fundamento geológico por su pertenencia e inclusión en el complejo Ossa-Morena, del que toma sus caracteres fundamentales. Pero no es menos cierto que esta generalización envuelve y oculta una considerable diversidad geográfica, tras de la cual hallamos tres comarcas antológicas de la geografía española: los Pedroches, el valle o cuenca del Guadiato y la Sierra Morena cordobesa, propiamente dicha

Por ello, desde una apreciación de sentido geográfico y paisajístico, reservamos la denominación anterior a la porción serrana comprendida entre los límites con Sevilla y Jaén, de morfología montañosa y topografía accidentada, enmarcada al norte por las Sierras Albarrana y de los Santos –divisoria de aguas entre el Bembézar y el Guadiato en su tramo anterior a la Angostura– y su continuación hacia el este por los cerros y lomas que festonean el flanco meridional de los Pedroches. Por el sur el límite mariano se establece en el arranque del piedemonte a través del cual las montañas declinan hacia el curso del Guadalquivir.

Incluso cuando se asciende en la escala de análisis, se aprecia que la comarca en su delimitación anterior carece de unidad, pues aún sobre la base de unos caracteres comunes se hallan diferencias estructurales, morfológicas, edafológicas que permiten distinguir dos subcomarcas individualizadas por la faz visible de su paisaje, su ocupación humana y los usos y aprovechamientos del suelo. Una es la Sierra Morena occidental, que tienen la forma de un triángulo rectángulo cuyo vértice más agudo coincide con la ciudad de Córdoba



Sierra Morena cordobesa y valle del Guadiato |
fuente *Paisajes y patrimonio cultural en Andalucía. Tiempo, usos e imágenes*, 2 vol. Sevilla: Instituto Andaluz del Patrimonio Histórico, 2010, p. 444

y la hipotenusa con las cimas aludidas, que en sentido diagonal se asoman al valle del Guadiato; los catetos los forman los cursos de los ríos Retortillo –fronterizo con Sevilla– y Guadalquivir. Es un terreno frágil que más allá de sus límites estrictos está enmarcado por dos importantes calzadas que denotan la fina sensibilidad geográfica de los romanos. La otra subcomarca es la Sierra Morena centro-oriental, que ocupa la superficie comprendida entre los Pedroches y el valle del Guadalquivir en el segmento serrano que se extiende desde Obejo hasta el río Yeguas, fronterizo con Jaén.

Ha de precisarse, no obstante, que en la realidad los límites comarcales, en concreto los de Sierra Morena, no tienen la concreción aquí esbozada, pues un elemento básico de la ordenación territorial son los términos municipales que, en ocasiones, ostentan la condición de términos mixtos sierra-campaña o sierra-valle. Se extienden en estos casos sobre dos unidades diferentes como expresión de la voluntad de los moradores de aprovechar las ventajas de terrazgos diferenciados. De ahí que lo antedicho no deba entenderse como un dogma geográfico o una afirmación excluyente, sino como un criterio de aproximación a la zona de estudio, pues ya se sabe que en la realidad los límites entre demarcaciones geográficas no son tan concretos como la línea que los dibuja en el mapa.

LOS COMPONENTES DEL MEDIO NATURAL: INTERRELACIÓN Y DEPENDENCIA

Consideramos componentes del medio natural de Sierra Morena (TORRES ESQUIVIAS, 1994) a los elementos del espacio geográfico cuya existencia es independiente de la acción humana, aunque en la fisonomía actual sea apreciable su huella.

El primero y más importante –por ser soporte físico y condicionante de los demás– es el relieve, auténtico estructurante de la geografía de la Sierra Morena cordobesa. De elevaciones moderadas –sus cimas mayores rayan los 800 m de altitud–, el relieve comparte las características de la Sierra Morena en toda su amplitud, si bien esta en la provincia de Córdoba adquiere un carácter tan compacto, una nitidez de rasgos y una continuidad espacial tal que se convierte en excelente modelo de montaña media mediterránea.

Los materiales que la constituyen son, predominantemente, de naturaleza silíceo, con abundancia de gneis, cuarcitas, micas, pizarras y rocas cristalinas, además de algunas calizas y dolomías y otras rocas de origen plutónico o volcánico. La edad de todos es paleozoica o precámbrica, siendo por ello una de las porciones más antiguas del macizo Hespérico.

Conforma un sector del borde meridional de la Meseta española y como toda Sierra Morena, presenta una alineación geográfica en sentido aproximado SO-NE, no coincidente con los ejes de su estructura geológica.

Se originó por la acción del plegamiento herciniano, que generó una estructura de pliegues de orientación NO-SE, conocida como armoricana o herciniana propiamente dicha. Desde el final de la era primaria y durante la secundaria la erosión redujo el conjunto a la penillanura que llamamos poligénica o pretriásica, demoliendo los pliegues hasta sus raíces (CABANÁS PAREJA, 1980).

El plegamiento alpino levantó el edificio tectónico arrasado, replegó los materiales más elásticos y provocó una densa red de fracturas; el zócalo al elevarse se llevó enganchados los materiales triásicos y miocenos recién depositados en el mar adyacente, los cuales quedaron dispuestos como una alfombra levemente inclinada hacia la depresión bética. Sobre todos ellos la acción erosiva fue limando los resaltes y generando una nueva penillanura –la conocida como finimiocénica o fundamental–, responsable de que el tránsito desde el valle del Guadalquivir a la sierra se realice mediante suaves escalones cultivados de olivar.

La red hidrográfica mariánico-cordobesa es de una elocuencia geográfica poco común, por ser expresiva de los dos grandes episodios geológicos

de la sierra. Así nos lo indica el trazado NO-SE que presentan los cursos de numerosos ríos o, igualmente, el trazado meridiano de otros, que aprovechan las líneas de fractura ocasionadas por la orogenia alpina sobre el roquedo paleozoico o arcaico.

El clima de la zona es sustantivamente mediterráneo, con matices continentales derivados de la influencia de la Meseta u oceánicos del valle del Guadalquivir. De inviernos suaves y veranos muy calurosos, las isotermas de todas las estaciones se dibujan como líneas de magnitud decreciente, paralelas entre sí y al curso del Guadalquivir, marcando un graderío de dos o tres peldaños entre las bajas tierras del valle bético y las elevadas de las serranías y de los Pedroches. Las precipitaciones tienen similar graduación altitudinal, están comprendidas entre 600 y 800 mm anuales y llegan a 1.000 en determinadas áreas del extremo oriental colindante con Jaén y reborde meridional de los Pedroches, donde se registra la máxima pluviometría de la mitad norte de la provincia (DOMÍNGUEZ BASCÓN, 2002).

Complementariamente a estos caracteres generales han de considerarse otras cuestiones de detalle para explicar internamente los microclimas y particularidades agronómicas, forestales y paisajísticas.

Muy relacionados con lo anteriormente expuesto están los suelos (CENTRO, 1971) que, tanto en sentido general para Sierra Morena como restringido a la Sierra Morena cordobesa, presentan como primera característica su carácter azonal o el alto grado de protagonismo de los factores litológicos locales en su formación. Resulta, pues, una gran coincidencia entre ámbitos geológicos y edáficos.

Son predominantemente silíceos, pudiendo incluirse –excepción hecha de los muy localizados o los de ubicación marginal en el área de estudio– en las denominaciones de tierras pardas meridionales o *rankers*. Existe, no obstante, una gradación o variedad interna basada en la litología, en el hecho de que se desarrollen sobre pizarras, granitos, gneis, grauvacas o cualquier otro tipo de roca, así como en la topografía e inclinación del sustrato subyacente.

Tienen bajo contenido en arcilla, elevada proporción de arena, bajos niveles de materia orgánica y carencias de oligoelementos esenciales. Sus perfiles están poco desarrollados y con frecuencia carecen de horizonte estructural, o ser éste una mera transición desde el horizonte superficial antrópico a la roca madre. Son suelos ácidos cuyas mediocres aptitudes agronómicas pueden estar, incluso, más limitadas por otros condicionantes externos, como las pendientes, deforestación, cultivos, etc.

Los componentes bióticos de la Sierra Morena cordobesa (vegetación y fauna) tienen gran valor, tanto en sí como por ser fundamento de algunas de las gran-



Sierra Morena actúa como una pantalla que provoca la condensación de las masas de aire procedentes del sur-suroeste, incrementando la precipitación con relación al valle del Guadalquivir

des unidades de paisaje, de utilidades y de aprovechamientos agrarios, si bien la faz que presentan hoy estos territorios puede estar muy alejada de la primigenia.

La vegetación potencial es xeromorfa en adaptación a las condiciones climáticas y a la aridez estival, perteneciendo sus comunidades a la clase *Quercetea ilicis* de bosque esclerófilo mediterráneo, cuyas especies más comunes son encina, alcornoque, quejigo, coscoja, lentisco, cornicabra, torbisco, etc (CENTRO, 1971).

La situación real de la vegetación en la actualidad dista mucho de la potencial debido a la acción transformadora del ser humano, que es muy diferenciable por subcomarcas. La mitad occidental conserva una tupida cobertura vegetal que la erige en el mayor espacio forestal de la provincia, en buena parte resultado de la repoblación forestal en las tierras de probada ineptitud agraria. La mitad oriental, por el contrario, tiene su vegetación climática reducida a la mínima expresión, pues el bosque preexistente fue eliminado y sustituido por extensos olivares que aprovechan las mejores condiciones edáficas y la adecuación entre sus exigencias agronómicas y las posibilidades climáticas que ofrece la alianza *Oleo Ceratoniom*.

Completa la biocenosis de la Sierra Morena cordobesa –es decir, las comunidades de seres vivos animales y vegetales que comparten unas mismas condiciones generales de vida– una abundantísima y variada fauna (TORRES ESQUIVIAS, 2000). Cambia al ritmo y contraste de las estaciones e incluye multitud de especies, entre las cuales destacan algunas tan emblemáticas como el águila imperial o el lince –verdaderos emblemas de la conservación en los espacios protegidos– o las especies que son objeto de aprovechamiento cinegético en las modalidades de caza mayor y menor.

DÉBIL OCUPACIÓN DEL ESPACIO, LATIFUNDISMO DE SIERRA Y DIFERENCIACIÓN DE LOS USOS AGRARIOS

Sierra Morena es la comarca cordobesa con menos huella visible de ocupación humana. Sin embargo a una configuración geográfica reciente subyace una muy antigua ordenación territorial.

En efecto, de época romana son los factores que contribuyeron primeramente a la construcción del espacio geográfico comarcal: las vías de comunicación y su percepción como enclave minero. Dos eran las calzadas más importantes: la vía Augusta, que, adyacente al Guadalquivir, se dirigía desde Castulo a Hispalis, y otra que pasando también por Corduba conducía a Emérita Augusta. Ésta y la que discurría entre Epora y Solia tenían la finalidad de asegurar la comunicación entre el valle del Guadalquivir y la Meseta, sin que –como sigue sucediendo en la actualidad– existiese una vía transversal este-oeste que asegurase la comunicación intraserrana.

En siglos posteriores la situación se mantuvo en sus caracteres primigenios. La ocupación árabe aportó pocas novedades de orden territorial. Aprovechó los caminos existentes, potenció algunos núcleos de población o propició otros, reforzó castillos y fortalezas y continuó la explotación minera, si bien desarrolló los aprovechamientos ganaderos bajo el pastoreo de la población beréber. Lo más importante a efectos de la reordenación geográfica de la Sierra Morena cordobesa tal vez fuese el fortalecimiento de las comunicaciones con Toledo, adquiriendo más importancia las rutas desde Córdoba a esta ciudad por el centro y este de Sierra Morena, en detrimento de la antigua calzada romana a Mérida.

Cuestión importante es señalar que desde la Antigüedad romana hasta la conquista de Córdoba (1236) por los cristianos el entorno serrano había gravitado hacia la capital, y que la ocupación geográfica de la Sierra Morena se efectuó desde el Guadalquivir en sentido ascendente, es decir, de sur a norte.

La Reconquista sí supuso un cambio rotundo por el significado que adquirió la Sierra al incorporarse a la Corona de Castilla, si bien ejerció muy poca atracción sobre repobladores y nobles aspirantes a titulares de señoríos (CABRERA MUÑOZ, 1978a). Por ello quedó configurada como un gran despoblado e inmenso baldío, un enorme cazadero de cuyas excelencias nos da cuenta el *Libro de la Montería* (LÓPEZ ONTIVEROS et ál., 1991), integrado en el alfoz de Córdoba y cuyas villas mantuvieron pleitos y litigios por el acceso a las tierras y la delimitación de sus términos (ORTIGOSA PEÑA, 1991).

A comienzos de la Edad Moderna la densidad de población apenas llegaba a 1 hab/Km² (LUQUE REVUELTO, 2012); Sierra Morena era uno de los

espacios más marginales y menos transitados de la Corona de Castilla. Los vecinos de las escasas villas comenzaron a ordenar las tierras para el cultivo abriendo oquedales en el monte y accediendo a la propiedad de modo directo (hazas en los pagos de cultivo y de ruedo) mediante el rompimiento de baldíos, roturaciones arbitrarias en terreno común o usurpaciones, cometidas en mayor medida por vecinos o forasteros poderosos, entre los que no faltaron nobles y eclesiásticos. Con todo, aún quedaba una vastísima extensión de terreno aprovechada por el vecindario (caza, leña, colmenas) como bienes de propios o del común de vecinos de cada localidad (ORTIGOSA PEÑA, 1991).

La actuación de los vecinos sobre los montes comunales fue intensa a finales del siglo XVIII y se acrecentó en el período 1808-1823. Posterior y gradualmente se fue promulgando un corpus legislativo que permitió la inscripción como propias de las parcelas roturadas y, finalmente, en 1869, la plena propiedad, generalmente de predios de tamaño pequeño y medio (VALLE BUENESTADO, 1986).

Pero sin duda el acontecimiento más relevante experimentado por Sierra Morena en el siglo XIX y clave para su comprensión geográfica fue la desamortización de Madoz. En aplicación de la Ley de 1855 se vendieron cantidades ingentes de tierras del caudal colectivo de las villas —espectaculares fueron los casos de Montoro y Hornachuelos— sin que los municipios pudieran salvaguardar parte de este patrimonio secular.

La desamortización civil en Sierra Morena fue un proceso largo y complejo. Supuso la privatización de una cantidad enorme de superficie a manos de hacendados, nobles, políticos, burgueses, terratenientes y, en mucha menor medida, agricultores y pequeños propietarios. Es cierto que aumentó el número de propietarios, pero lo más relevante fue que quienes ya ostentaban tal condición tuvieron la posibilidad de acrecentar su patrimonio de modo proporcional a su riqueza, siendo su resultado la consolidación de la gran propiedad preexistente o la génesis de un nuevo latifundismo de sierra.

Participaron vecinos de los municipios de radicación de los bienes enajenados, de los pueblos y comarcas vecinas y forasteros y de otras provincias. Cuestión importante fue el carácter gradual, selectivo y sucesivo de la compra de tierra por parte de los adquirentes.

Las explotaciones surgidas tuvieron un parcelario disperso formado por fincas ubicadas en distintos lugares. Ello permitió la consolidación económica de las explotaciones recién surgidas (al poder disponer de *yerbas* en la sierra para el ganado de labor que trabajaba en los cortijos campiñeses o para el ganado ovino que aprovechaba las rastrojeras de cereal en verano)

(HERAN, 1980), así como su complementariedad agroecológica a efectos de disponibilidad de pastos durante todo el año para las especies ganaderas.

Lo antedicho permite valorar y comprender dos hechos geográficos significativos: 1) la disposición de los términos municipales valle-sierra, consolidados funcionalmente tras la desamortización, al formarse explotaciones también mixtas con parcelas en la sierra y en la campiña, y 2) que la privatización de la Sierra Morena occidental se operó desde el valle, con la iniciativa y participación de muchos propietarios campañeses, es decir, en sentido sur-norte, desde el valle hacia la montaña, mientras que en la subcomarca oriental tuvo el sentido contrario, de norte a sur, desde los Pedroches hacia el valle, estando protagonizada por los ganaderos que deseaban añadir pastizales de invierno a sus explotaciones o tierra para la plantación de olivares.

Sincrónicamente a las privatizaciones se acometió la reordenación agraria de la Sierra Morena, se desmontó y se construyeron los edificios necesarios para las nuevas explotaciones; amplios y sólidos cortijos, caseríos y haciendas hicieron su aparición, iniciándose la etapa de máximo esplendor del hábitat rural disperso (FLORIDO TRUJILLO, 1996), considerado tanto como elemento necesario a la explotación y como símbolo social de los nuevos titulares, hoy patrimonio y recurso a explotar.

Quedaba inaugurado un nuevo ciclo agrario basado en las explotaciones tradicionales de olivar, dehesa y aprovechamientos silvopastoriles.

PLENITUD Y QUIEBRA DE LOS SISTEMAS AGROGANADEROS TRADICIONES. LA GÉNESIS DE LOS PAISAJES ACTUALES

Los cambios en la titularidad de la tierra habidos desde mediados del siglo XVIII, pero con su cénit en el XIX (repartimientos, usurpaciones, roturaciones, desamortización), favorecieron en Sierra Morena el tránsito desde una agricultura del Antiguo Régimen a otra de tipo capitalista (ORTIGOSA PEÑA, 1991).

Claves al respecto fueron las explotaciones latifundistas recién surgidas o en trance de formación. Las grandes parcelas que las integraban estaban cubiertas de monte en distinto grado de conservación, las cuales fueron acondicionadas para las labores agrarias mediante la roza y desmonte del matorral preexistente. El proceso de desmonte fue lento, pues duró hasta después de la Guerra Civil, cuando se aceleró para atender a las necesidades urbanas de carbón vegetal.

Los terrazgos municipales ganaron en amplitud con la roturación de tierras hasta entonces incultas y tomaron una orientación productiva de acuerdo



En la segunda mitad del siglo XIX y el primer tercio del siglo XX surgió un importantísimo hábitat rural en Sierra Morena. Era expresión de la nueva estructura de propiedad propiciada por la desamortización civil y exponente de las nuevas explotaciones agrarias

con sus aptitudes agronómicas. El olivar aumentó espectacularmente su extensión, sobre todo en la subcomarca oriental (municipios de Obejo, Adamuz, Montoro); las zonas de piedemonte, de montañas menos abruptas, depresiones intramontanas y llanadas intermedias se acondicionaron para dehesas; las porciones montuosas, por leves que fuesen sus potencialidades agronómicas, también se desmontaron con la intención de proveer de *yervas* a la cabaña ganadera de sus respectivas explotaciones. Las partes más agrestes del corazón serrano, infructíferas por naturaleza, permanecieron cubiertas de matorral y bosque conservando la condición de excelentes cazaderos de la que ya gozaban y que luego, a finales del siglo XIX y primer tercio del XX, permitieron la constitución de magníficos cotos, santo y seña de la etapa dorada de la montería española (AGUAYO, 1991 y 2009).

Los olivares, las nuevas dehesas y los espacios silvopastoriles fueron explotados mediante unos sistemas muy extensivos, cuyos dos principales aliados fueron la mano de obra abundante y barata y los buenos precios de venta del aceite y de los ganados, de manera que la rentabilidad de las explotaciones estaba asegurada aunque la producción fuese escasa.

El modelo de explotación se mantuvo en toda su plenitud hasta los años cuarenta del siglo XX, pero pervivió hasta los sesenta por la inercia y secuelas de la Guerra Civil. El nuevo contexto socioeconómico de la España desarro-

llista hizo cambiar radicalmente las condiciones de producción y la rentabilidad de las explotaciones agroganaderas tradicionales. Comenzó a hacerse presente la denominada por entonces “crisis agraria en la sierra andaluza” (ROUX, 1975), que le afectó en toda su extensión geográfica y tuvo particular intensidad en las comarcas mariánicas cordobesas. En realidad lo sucedido fue mucho más que una crisis, fue una auténtica quiebra del sistema agroganadero tradicional, que se vio privado de sus elementos estructurales y desarticulado el sistema económico–productivo que lo sustentaba, así como las relaciones sociolaborales existentes, todo lo cual desapareció para siempre. De ahí que lo acaecido en Sierra Morena no fuese crisis, sino quiebra (VALLE BUENESTADO, 1981).

Para la supervivencia de la montaña media era necesaria una adaptación a los nuevos tiempos y situación. Y en este contexto surgieron a partir de los mencionados años sesenta –más o menos– los nuevos paisajes, bien por creación casi *ex novo* o por reacondicionamiento de los existentes. De estos, a escala muy general y a título de grandes ejemplos, señalamos los tres siguientes: los paisajes de olivar, las dehesas y los espacios forestales de aprovechamiento cinegético (VALLE BUENESTADO, 1995b).

El paisaje de oliva se corresponde con lo que comúnmente denominamos olivar de sierra. Con independencia de los enclaves o porciones reducidas que ocupó históricamente, tal y como hoy lo encontramos alcanza su plenitud, extensión y continuidad en la subcomarca oriental. Se identifica, además de por su ubicación en una topografía muy quebrada, por la baja densidad de arbolado, plantación a marco muy amplio, árboles de un solo pie y vuelo ralo, etc., todo ello en adecuación al relieve y a la escasez de nutrientes y oligoelementos de los suelos que ocupa.

Las fuertes pendientes y la intensa erosión que padecen estos parajes ha provocado una gravísima pérdida de suelo. Su mantenimiento como cultivo y como paisaje tras casi siglo y medio de existencia, pese a la acusadísima pérdida de rentabilidad económica que ha experimentado y que lo hacen prácticamente inviable como cultivo, ha sido posible por la pervivencia de la explotación familiar, la implantación de nuevos regímenes de explotación indirectos (aparcería) y las subvenciones de la Unión Europea. Su continuidad puede estar comprometida por factores económicos y ambientales y, en todo caso, dependerá de técnicas extensivas, ausencia de laboreo y planteamientos agroecológicos que contempla la Política Agraria Común para las zonas de montaña (VALLE BUENESTADO, 1995b).

La dehesa ha sido y es, aunque hoy en mucha menor medida, uno de los paisajes más emblemáticos de la Sierra Morena de Córdoba. Surgieron como agrosistemas para el aprovechamiento integrado de suelo y vuelo, de prácticas agrícolas y ganaderas y de coexistencia de las distintas especies pecuarias,



Las fuertes pendientes, el laboreo continuado, la intensidad de las precipitaciones en temporada de lluvia y la débil cobertura vegetal han provocado una intensísima erosión de los terrenos serranos cultivados de oliva

todo ello regido por unas relaciones de armonía entre naturaleza y cultura, entre inteligencia y ambiente, consciente el ser humano de la fragilidad del medio.

Inicialmente tuvieron más desarrollado el componente agrícola que el ganadero y en ellas también se hizo patente la “quiebra” de los sistemas agro-ganaderos tradicionales. Algunas pudieron reorganizarse como explotaciones potenciando el componente ganadero, pero cuando ello no fue posible por la inferior calidad de los suelos, se abandonaron como tales, nuevamente se cubrieron de matorral y evolucionaron a cotos de caza. Las que se mantienen forman espacios más o menos continuos, ocupan los lugares de topografía y suelos favorables y aunque son expresivas de un agrosistema nuevo, siguen conservando su esencia como paisajes de encinar.

Los espacios forestales de la Sierra Morena cordobesa componen dos áreas inconexas de desigual tamaño, situadas, respectivamente, sobre las subcomarcas occidental y oriental. La primera ocupa casi en exclusividad su superficie geográfica; la segunda ocupa las laderas abruptas de la sierra que se intercalan entre la franja de olivar de los términos de Adamuz y Montoro y el reborde meridional de los Pedroches. En ambos casos son tierras escarpadas, de peores —a veces inexistentes— suelos y escasas o nulas aptitudes agronómicas. Fueron desmontadas en su mayor parte y convertidas en parcelas o módulos de explotación agraria de unas menguadas posibilidades productivas o, simplemente, quedaron montaraces, sirviendo de asiento a históricos vedados de caza, como en el término de Hornachuelos (MULERO MENDIGORRI, 2003).

Les afectó con rigor la “quiebra” de los años sesenta, que puso de manifiesto su inviabilidad económico-productiva y la conveniencia de replantear su explotación o, literalmente, abandonarla (VALLE BUENETADO, 1995a).

Tales circunstancias coincidieron con los propósitos e iniciativas estatales de repoblación forestal, la cual, con mayor o menor grado de aceptación por parte de los dueños, se llevó a cabo en los años cincuenta y primeros sesenta conforme a los postulados del Plan Forestal Nacional y mediante consorcios con los propietarios de las fincas. La repoblación se efectuó conforme a planteamientos de producción de madera antes que de regeneración forestal, de ahí su carácter de “monocultivo” y algunas de sus debilidades: fragilidad ambiental, vulnerabilidad a las plagas o inflamabilidad, etc. (DOCTOR CABRERA, 1991).

Los avances de la repoblación forestal obligaron al retroceso de la ganadería doméstica y propiciaron el avance de las especies silvestres, que vinieron a ocupar los espacios liberados. Entre estas destacaron dos de especial interés cinegético: ciervo y jabalí. Lo mismo sucedió en las numerosísimas fincas cuyo abandono agrario propició el avance y regeneración del matorral



mediterráneo, que en adelante también sirvió de abrigo y hábitat a las especies venatorias, entre otras (VALLE BUENESTADO, 1978).

Su conformación definitiva como cotos de caza mayor estuvo favorecido por la promulgación de la Ley de Caza, de 1970, la estructura de la propiedad (VALLE BUENESTADO, 1975), la demanda de caza como actividad de ocio (LÓPEZ ONTIVEROS, 1981) y la oportunidad que encontraron en ello para recuperar la rentabilidad perdida por los predios a la quiebra de los aprovechamientos agroganaderos tradicionales (LÓPEZ ONTIVEROS; VALLE BUENESTADO, 1980).

La nueva situación y los nuevos paisajes –antiguos en la fisionomía aunque realmente nuevos en sus componentes y dinámica– han propiciado un trasiego enorme de propiedad. Muchas fincas –los mejores cotos de caza, sin duda– han pasado de manos de sus propietarios tradicionales agrarios a otros ajenos al mundo e intereses rurales, de condición urbana, poseedores de capitales de origen industrial, comercial, inmobiliario, financiero, etc., procedentes de otras provincias de España o del extranjero, y concurrentes bajo las formas de personas físicas, jurídicas o miembros de sociedades poseídas o participadas por accionistas conocidos.

Se ha cerrado así un ciclo sobre Sierra Morena en el cual ha perdido parte de su faz tradicional extrañada por los olivares, aunque la ha mantenido en las dehesas o la ha recuperado bajo los cotos de caza, si bien cautiva por los cercados y los lamentables vallados cinegéticos (VALLE BUENESTADO, 1991).

Los efectos de la repoblación forestal se perciben claramente comparando estas dos fotografías equivalentes de las inmediaciones del Pantano del Bembézar (Hornachuelos), correspondientes a 1956 y 2013, respectivamente | fuente Instituto Andaluz de Cartografía y Estadística

SIERRA MORENA HOY, PATRIMONIO NATURAL Y BIEN COMÚN

La Sierra Morena cordobesa es un espacio singular, que goza de una doble posición de centralidad geográfica: en el sector central de la Sierra Morena –entre las de Sevilla y Jaén– y entre las tierras del valle bético y la terminación meridional de la Meseta (Pedroches y valle del Guadiato).

Su delimitación geográfica no es fácil, aunque sí su identificación como excelente ejemplo de montaña media mediterránea. Su conformación actual es resultado de la interacción entre naturaleza y ser humano, presentando unos paisajes que oscilan entre los de neta impronta humana (olivares de sierra) y los esencialmente naturales, con la gradación intermedia de las dehesas.

Es un espacio extenso y poco poblado, con una superficie en torno a 2.500 km² y una población que llega 50.000 habitantes. El débil poblamiento ha sido una de sus características a lo largo de la historia, pues a sus desfavorables condiciones se ha unido la atracción de las comarcas aledañas. La Sierra Morena cordobesa es una comarca de acusado subdesarrollo y dinámica demográfica regresiva. Tuvo un grado de ocupación significativo hasta mediados del siglo XX, pero desde entonces sufrió, como otras áreas de montaña, la desvalorización productiva de su espacio y el deslizamiento gravitacional de la población y de la actividad económica hacia las zonas más prósperas o fértiles. La despoblación y el subdesarrollo son hoy, hasta cierto punto, factores de resiliencia que amenazan a las sociedades locales y a la preservación del medio, que pueden generar en sus moradores una percepción negativa del territorio, al considerarlo repulsivo.

Sin embargo y en sentido contrario, ha de tomarse en consideración el importantísimo patrimonio que atesora la Sierra Morena cordobesa, el cual es expresión y vínculo de las relaciones existentes entre población y territorio (PAISAJES, 2010). Tiene una clara dimensión cultural que integra componentes materiales e inmateriales, tangibles e intangibles, cuyo acervo incluye desde lo propiamente etnográfico, al hábitat rural, monumentos o las prácticas y técnicas agrarias tradicionales. Pero realmente el gran patrimonio que alberga Sierra Morena hoy es de orden natural, y si bien éste no está exento de la huella humana, puede decirse que es la expresión máxima de su acusada personalidad geográfica. Es el resultado de una historia de siglos pero de una evolución reciente, que ha permitido –gracias a sus potencialidades y a la leve presión humana– la regeneración medioambiental. Ello les ha valido las declaraciones de parque natural (Parque de la Sierra de Hornachuelos y de la Sierra de Cardeña y Montoro), reserva de la biosfera o lugar de interés comunitario a amplios espacios serranos.

Su preservación, incluso la ampliación territorial de los espacios protegidos es una tarea que se juzga hoy prioritaria en aras del desarrollo y de la propia

preservación, la cual no ha de ser entendida como conservación naturalista a ultranza, sino que ha de incorporar a las poblaciones, considerando que no hay garantía de conservación del patrimonio sin atender al entorno socio-cultural y a las necesidades materiales de los habitantes, principales aliados y beneficiarios de la conservación.

Y en este sentido, a efectos de preservación es preciso que en Sierra Morena se activen los mecanismos de dinamización económica sobre la base del mismo patrimonio. Con esta finalidad y bajo los postulados del desarrollo endógeno no se debe considerar al territorio mariánico como simple lugar de radicación de recursos a explotar y consumir, como rimerio de materias primas minerales, animales o forestales, como ha sucedido hasta el pasado reciente, sino como factor de desarrollo en sí mediante la puesta en valor de los bienes que atesoran él mismo y sus habitantes.

Sierra Morena tiene en su patrimonio numerosas posibilidades de aprovechamiento económico: paisaje, turismo, caza, artesanía, producciones ecológicas –miel, piñón, corcho, semillas, esencias– y sus derivados, etc.-, con la particularidad de que este patrimonio –cultural y natural– es un bien común, un bien social a aprovechar por el vecindario, que al cabo de más de un siglo, ha venido a resarcir a los municipios, aunque en forma de activo ambiental, el patrimonio comunal que perdieron desde mediados del siglo XIX.

La preservación del patrimonio, compatible con el aprovechamiento ordenado de los recursos –caso, por ejemplo, del olivar, claramente orientado a la dimensión ecológica que propugna la Unión Europea– no es una necesidad únicamente para la comarca, sino para las poblaciones que viven fuera de ella a efectos de mantener o acrecentar la biodiversidad, satisfacer demandas o, por ejemplo, abastecer de agua a las ciudades o a la agricultura, pues, sabido es que la Sierra Morena cordobesa es uno de los grandes reservorios o fuente de agua de calidad, envasada en los pantanos que ocupan los sinclinales de sus relieves.

Al fin, tanto en su percepción unitaria como en su variedad interna, Sierra Morena es un paisaje de paisajes silentes y discretos, dignos de miradas cultas que los comprendan y sientan, y no rompan los equilibrios labrados por la armonía entre ser humano y naturaleza a través del tiempo.

BIBLIOGRAFÍA

- **AGUAYO, M.** (1991) *Montear en Córdoba*. Córdoba: Caja Provincial de Ahorros, 1991, 249 p.
- **AGUAYO, M.** (2009) *El gran libro de la rehala*. Córdoba: Almuzara, 2009, 255 p.
- **CABANÁS PAREJA, R.** (1962) Notas para el estudio de las comarcas naturales de la provincia de Córdoba. *Estudios Geográficos*, n.º 88, 1962, pp. 353-387
- **CABANÁS PAREJA, R.** (1980) *Geología cordobesa. Guía del sector Norte*. Córdoba: Escudero, 1980, 139 p.
- **CABRERA MUÑOZ, E.** (1978a) Tierras realengas y tierras de señorío en Córdoba a fines de la Edad Media. Distribución geográfica y niveles de poblamiento. En *Actas del I Congreso de Historia de Andalucía. Andalucía Medieval, I*. Córdoba: Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba, 1978, pp. 295-308
- **CABRERA MUÑOZ, E.** (1978b) Renta episcopal y producción agraria en el Obispado de Córdoba en 1510. En *Actas del I Congreso de Historia de Andalucía. Andalucía Medieval, I*. Córdoba: Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba, 1978, pp. 397-412
- **CENTRO** de Edafología y Biología Aplicada del Cuarto (1971) *Estudio agrobiológico de la Provincia de Córdoba*. Sevilla, Instituto Nacional de Edafología y Agrobiología del CSIC, 1971, 401 p.
- **DOCTOR CABRERA, A.** (1991) *Los incendios forestales en la provincia de Córdoba*. Córdoba: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Córdoba. Departamento de Geografía, 1991, 138 p. (Serie Estudios de Geografía, n.º 2)
- **DOMÍNGUEZ BASCÓN, P.** (2002) *Clima regional y microclimas urbanos en la provincia de Córdoba*. Córdoba: Universidad de Córdoba, 2002, 110 p.
- **FLORIDO TRUJILLO, G.** (1996) *Hábitat rural y gran explotación en la Depresión del Guadalquivir*. Sevilla: Junta de Andalucía, Dirección General de Arquitectura y Vivienda, 1996, 441 p.
- **HERAN HAEN, F.** (1980) *Tierra y parentesco en el campo sevillano. La revolución agrícola del siglo XIX*. Madrid: Ministerio de Agricultura, 1980, 268 p.
- **LUQUE REVUELTO, R.** (2012) *Poblamiento y hábitat rural en la Sierra de Córdoba*. Córdoba: Universidad de Córdoba, Servicio de Publicaciones, 2012, 974 p. (Tesis Doctorales UCO)
- **LÓPEZ ONTIVEROS, A.** (1981) El desarrollo reciente de la caza en España. En *Supervivencia de la montaña. Actas del Coloquio Hispano-Francés sobre Áreas de Montaña*. Madrid: Ministerio de Agricultura, 1981, pp. 271-297
- **LÓPEZ ONTIVEROS, A.** (1986) Comarcalizaciones de la provincia de Córdoba. *Estudios Geográficos*, n.º 182-183, 1986, pp. 7-44
- **LÓPEZ ONTIVEROS, A.; VALLE BUENESTADO, B.** (1989) *Caza y explotación cinegética en las provincias de Córdoba y Jaén*. Córdoba: Instituto Andaluz de Reforma Agraria, 1989, 157 p.
- **LÓPEZ ONTIVEROS, A.; VALLE BUENESTADO, B.; GARCÍA VERDUGO, F.** (1991) *Caza y paisaje geográfico en las tierras béticas según el Libro de la Montería*. Córdoba: Agencia de Medio Ambiente, 1991, 36 p., 1 mapa
- **MULERO MENDIGORRI, A.** (2003) Protección y gran propiedad en Sierra Morena: El Parque Natural de la sierra de Hornachuelos (Córdoba) como caso emblemático. *Papeles de Geografía*, n.º 38, 2003, pp. 115-136
- **ORTIGOSA PEÑA, M.** (1991) *Propiedad territorial y espacio agrario en Villanueva del Rey*. Córdoba: Diputación Provincial, 1991, 342 p.
- **PAISAJES y patrimonio cultural en Andalucía. Sevilla: Junta de Andalucía, Consejería de Cultura, Instituto Andaluz del Patrimonio Histórico, 2010, 646 p. 2 vol. (PH Cuadernos, n.º 27)**
- **ROUX, B.** (1975) *Crisis agraria en la Sierra Andaluza. Un estudio económico de las empresas ganaderas en la provincia de Huelva*. Sevilla: Instituto de Desarrollo Regional, 1975
- **TORRES ESQUIVIAS, J. A.** (coord.) (1994) *Córdoba Natural*. Córdoba: Caja Provincial de Ahorros, 1994, 183 p.
- **TORRES ESQUIVIAS, J. A.** (2000) *Fauna de Sierra Albarrana*. Córdoba: Fundación ENRESA, 2000, 256 p.
- **VALLE BUENESTADO, B.** (1978) Los cotos de caza mayor en la provincia de Córdoba. Notas para su estudio geográfico. *Actas del V Coloquio de Geografía*. Granada, Servicio de Publicaciones de la Universidad, 1978, pp. 589-595.
- **VALLE BUENESTADO, B.** (1981) Los paisajes agrarios de Sierra Morena. Su relación con la estructura de la propiedad y de las explotaciones. En *La propiedad de la tierra en España*. Alicante: Departamento de Geografía, 1981, pp. 449-465
- **VALLE BUENESTADO, B.** (1986) *Geografía agraria de Los Pedroches*. Córdoba: Diputación Provincial, 1986, 600 p.
- **VALLE BUENESTADO, B.** (1991) Aprovechamiento y gestión de la caza en España. Una reflexión a propósito de los cercados cinegéticos. *Actas del VI Coloquio de Geografía Rural*. Madrid: Departamento de Geografía, Universidad Autónoma de Madrid, 1991, pp. 257-270

- **VALLE BUENESTADO, B.** (1995) Propiedad y actividad agraria en espacios protegidos. En *Actas del VII Coloquio de Geografía Rural. Ponencias y excursiones*. Diputación Provincial y Servicio de Publicaciones de la Universidad de Córdoba, 1995, pp. 109-145
- **VALLE BUENESTADO, B.** (1995) Los paisajes agrarios del Norte de Córdoba: Sierra Morena y Los Pedroches. En *Actas del VII Coloquio de Geografía Rural. Ponencias y excursiones*. Diputación Provincial y Servicio de Publicaciones de la Universidad de Córdoba, 1995, pp. 235-260